

— Mal, señora de Lebretón, la mala suerte está con nosotros y no nos abandona.

— ¿ La mala suerte? — observó con severidad la viuda. — Acaso sea, también, la pereza... ¡ En esta casa le gusta á todos holgazanear! ¿ Por qué no entra usted á servir en alguna granja? Es usted fuerte y podría ganar un buen salario.

— ¡ Bueno, señora! Y ¿ quién iba á cuidar mis chiquitines?...

— Los chiquitines irían á la escuela... Así estarían mejor cuidados, y yo, con mucho gusto, me encargaría de mantenerlos.

— ¡ Ah, señora de Lebretón! Habla usted como los ricos que tienen criados á sus órdenes... Si los niños van á la escuela y yo entro á servir... ¿quién guardaría á la vaca?... De fijo no será mi padre... ¡valiente egoista!... Y nos ocurriría alguna otra desdicha, como la que acaba de ocurrir.

— ¿ Qué ha sucedido?

— ¡ La mala suerte, mi querida señora! ¡ No lo decía yo!... Me descuidé un instante, los muchachos abrieron la puerta del establo y la vaca se fué á forrajear en el bosque... Joaquín, el cabo de los guardas, que nos tiene ojeriza, vió al animalito entrar en un vivero, y, á estacazo limpio, tra-

jo hasta aquí á la pobre bestia, chillando como gallina que ve á la garduña... Trinquesse, que no es muy sufrido, contestó á los gritos con malas razones, y todo ha concluído en una denuncia contra nosotros... y el proceso va á costar dinero... ¿de dónde lo sacamos, Santa Madre de Dios?... En casa no hay un céntimo... Nos venderán la vaca, meterán á mi padre en la cárcel... Y entonces, Señor mío Jesucristo... ¿ qué va á ser de nosotros? ¡ qué va á ser de nosotros!...

Gruesas lágrimas se desprendieron de los ojos de Ramona, que comenzó á sollozar ruidosamente, mientras que, en el interior de la casuca, los arripiezos berreaban de lo lindo.

Aquel dolor exteriorizado con la exageración que el pueblo pone en la expresión de sus sentimientos, sean penas ó alegrías, acabó por conmover á la señora de Lebretón; creyó haberse mostrado muy dura con la hija del *curandero*, y, bondadosamente, se arrepintió.

— Vamos, no llore — le dijo — todavía puede ser que se arregle el asunto... Venga conmigo á casa del cabo, pídale perdón, y yo conseguiré que no pase adelante la denuncia.

Ramona se colocó la cofia azul con bordados de tul negro — que es adorno típico de las aldeanas

de la montaña langresina — y, siguió á la viuda, sin dejar de lamentarse.

La casa forestal se hallaba próxima. Entre el ramaje se divisaba la techumbre de teja roja. Las dos mujeres encontraron el cabo Joaquín preparándose para almorzar, el funcionario se mostró menos transigente de lo que la señora de Lebreton había imaginado. Formuló muchas quejas contra los Trinquesse.

— Eran delincuentes empedernidos, por los cuales hacía mal en interesarse la señora de la Mancienne ; el padre tendía lazos ; la hija robaba leña ; los pequeñuelos, recientemente, habían prendido fuego al bosque ; y, ahora, la vaca se comía los plantones del vivero... Esta gentuza no era digna de compasión y necesitaba un escarmiento... Así, pues, estaba resuelto á enviar la denuncia á su jefe ; el guarda-general decidiría lo que quisiera ; pero él, el cabo Joaquín, se lavaba las manos y se limitaba á cumplir con su deber.

— ¿ Cómo se llama el guarda-general y dónde vive ? — preguntó la señora de Lebreton á la afligida Ramona, cuando, tras la infructuosa tentativa, salieron de la casa forestal.

— Se llama el señor Pommeret... Vive en casa de Pitoiset, en *El león de oro*.

— Voy á escribirle :

— ¡ Muchas gracias, señora ! — murmuró quejumbrosamente Ramona. — Pero acaso llegue la carta demasiado tarde... Creí que iría usted á visitar al señor Pommeret ; de seguro no se atrevería á rehusar nuestro perdón, y así nos salvábamos... Realmente esa sería una gran obra de caridad.

— Bueno, Ramona, bueno ; márchese y déjeme en paz... Iré á ver al guarda-general...

¡ El guarda-general se aburría, grandemente ! La primavera no le había proporcionado gratas sorpresas, ni esperanzas confortadoras. Era poco sensible á los encantos de la Naturaleza, y los detalles prosaicos de su profesión le tenían hastiado de la belleza de los panoramas campestres. Respecto á las distracciones que podía ofrecerle la sociedad de Auberive, ya sabía á que atenerse. Algunos días después de sus visitas de llegada, el Párroco le envió las obras de san Juan Crisóstomo, y un folletito titulado : « ¿ Se puede ser librepensador ? » Francisco no leyó una línea del envío. Las personas principales del pueblo le devolvieron la visita, pero sin invitarlo á que fuese por sus casas. Eran hombres honrados, pero poco sociables : no sabían hablar más que de perros y de

cultivos, y su placer supremo consistía en beber unos cuantos vasos de cerveza, jugando una partida de *polignac*. El elemento femenino resultaba ó muy cargado de años ó muy falto de atractivos; la posada en que vivía sólo la frecuentaban carreteros ó viajeros comerciales de tercer orden. Así Francisco Pommeret se hallaba abismado en tedio enorme, que se acentuaba más y más cada día. Esta mañana primaveral, tan llena de sol y de diafanidades, le acrecentaba el mal humor, por el contraste de la alegría del mundo exterior con lo desagradable de su bufete atestado de cartapacios y de legajos de amarillentos papeletes.

Se hallaba sentado melancólicamente junto á la ventana, abriendo con indiferencia las cartas administrativas, siguiendo de vez en cuando, con mirada distraída, el vuelo de una mosca, y hostezando á más y mejor. En medio de esta ocupación poco absorbente se le antojó escuchar en el pasillo que conducía á su despacho, ruido leve de pasos femeninos, acompañados por el frufutar de crujiente falda. Aguzó el oído. Aquellos pasos no se parecían á los de la señora de Pitoiset, ni podían confundirse con los pesadísimos de la criada. El ruido inusitado cesó ante la entrada

del despacho; al mismo tiempo, llamaron discretamente, con los nudillos, en la puerta. Apenas hubo contestado « ¡ Adelante! », se movió el pestillo y una dama, vestida de luto, apareció ante los ojos asombrados del funcionario.

— ¿ El señor guarda-general? — preguntó la visitante, con voz de contralto, á la vez grave y bien timbrada.

— Servidor de usted, señora.

Francisco Pommeret se levantó en el acto, saludó ceremoniosamente y ofreció á la dama el único asiento algo cómodo que allí había: uno de esos sillones Voltaire forrados de damasco de lana roja, que existen invariablemente en todas las casas de huéspedes.

— Caballero — comenzó diciendo la recién llegada, — soy la señora de Lebretón... vivo en la Mancienne, y vengo para solicitar un favor de usted.

Francisco volvió á saludar amablemente; luego, hubo una pausa breve, como si cada uno de los interlocutores tratase de hacer provisión de serenidad. El guarda-general contemplaba á la señora de Lebretón esbelta y elegante con su traje ajustado de cachemir negro. El paseo y la emoción prestaban animación al rostro de la viuda; las

mejillas, ligeramente sonrosadas y los ojos grandes y medio velados por las pestañas, se destacaban vivamente del cuadro sombrío y vaporoso formado por los tules y los crespones de su tocado de luto.

Por lo que le habían dicho, Francisco tenía formada la idea de una señora de Lebreton más madura y menos atrayente. Ésta, á su vez, probablemente supuso que iba á encontrarse como guarda-general á un puerco-espín desagradable y ordinariote, por el estilo de casi todos los forestales que residieron en Auberive. Así, sintióse muy cohibida ante aquel buen mozo, de manos blancas, correcto traje y modales de hombre de mundo, al cual iba á pedir un favor.

— Caballero — murmuró con voz trémula. — El paso que doy es muy indiscreto y se aparta de lo normal... Sírvase excusarlo en gracia á la buena intención que lo determina... Se trata de un acto de humanidad en el cual sólo usted puede auxiliarme.

— Si el asunto depende de mí — respondió Francisco — tenga usted la seguridad, señora, de que haré lo posible por complacerla.

La viuda le dió las gracias y le explicó lo que acababa de ocurrirle á Ramona Trinquesse.

— Efectivamente — observó el funcionario, después de hojear unos papeles, — aquí tengo la denuncia del cabo... El delito está probado, los autores son reincidentes, y permítame añadir, señora, no merecen que usted se interese por ellos.

— Si nos interesásemos únicamente por los que nunca han pecado — replicó la viuda — poco tendríamos que trabajar... Los culpables son los que se hallan más menesterosos de compasión.

— Pero es que los Trinquesse son devastadores del bosque; si hubiese por aquí dos ó tres como ellos, no quedaba un árbol en pie, y mi deber es evitar tamaños abusos.

— Todo esto me lo dijo ya el cabo, y si he venido hasta aquí, caballero, es porque esperaba hallar á usted menos implacable que su subordinado... ¿Me dejará salir con el sentimiento de haberme equivocado? — añadió fijando en el guarda-general los ojos negros luminosos.

Pommeret permanecía silencioso olvidándose de responder, para mirar aquellas pupilas hermosas brillantadas y húmedas por la emoción. Lo imprevisto de la visita, la música de aquella voz dulcemente suplicante, y el perfume de mujer

elegante y joven, perfume que no había aspirado hacía muchísimo tiempo, le producían sensación agradable que no se asemejaba á la misericordia. La viuda entornó púdicamente los párpados.

— ¡Apiádase usted, caballero! — insistió con timidez — ¡Tenga lástima de esos infelices!

El guarda-general deseaba producir buena impresión en el ánimo de la propietaria de la Mancienne; se hallaba poco habituado á recibir visitas tan amables, para mantenerse incommovible mucho rato.

— Bueno — exclamó, arrugando el papel que contenía la denuncia, — yo arreglaré el asunto con Joaquín... Pero conste, señora, que lo hago por consideración hacia usted, y no por esa gentuza, que es una canalla mala.

— ¡No quiere usted que le reconozcamos el mérito de su buena acción, caballero! — insinuó graciosamente la dama.

— Lo que no quiero es que, cuando he tenido el honor de verla por vez primera, salga usted de aquí con el recuerdo de una instancia denegada.

Y, al expresarse así, la miró fijamente, poniendo en la audaz mirada galantería mucho mayor que en las palabras pronunciadas. La señora de

Lebretón se ruborizó intensamente; nunca la habían mirado de aquel modo; se sentía ofendida y emocionada al mismo tiempo.

— La caridad debe ser desinteresada — replicó lacónicamente. — Reciba usted, también, las gracias en nombre de mis protegidos.

Se había levantado bruscamente; pero, confusa sin duda por aquella muestra de sobresalto, se arregló los pliegues de la falda, tornóse hacia el guarda-general y añadió con acento más suave:

— Confío, caballero, en que la forma en que nos hemos conocido no me privará del gusto de ver á usted en la Mancienne...

El semblante de Francisco Pommeret se despejó; viendo á la señora de Lebretón dirigirse hacia la puerta, tuvo un nuevo arranque de galantería.

— Permítame, señora — exclamó solícitamente — que le ofrezca el brazo para bajar la escalera.

Una mirada de asombro de la viuda, lo detuvo en firme y le hizo entender que la proposición resultaba indiscreta.

— No se incomode — le contestó la dama, volviendo á expresarse con tono severo — ya le he molestado bastante.

Inclinó la cabeza con dignidad un tanto fría y salió al pasillo, mientras que, de pie en la puerta, el guarda-general miraba la esbelta silueta negra perderse en la penumbra; la señora de Lebreton se había recogido ligeramente la falda, y se distinguían, entre la blancura del volante guarnecido de negro, los tacones altos con que dos pies pequeños golpeaban los peldaños de madera; luego al volver la escalera, la elegante visión se desvaneció.

III

— Señor Rector — dijo la señora de Lebreton.
 — Pedro va á servir á usted crema de chocolate...
 Es una especialidad de mi cocinera.
 — Gracias, señora, no la acepto.
 — ¡ Por espíritu de mortificación ! — exclamó, riendo ruidosamente, el Recaudador de contribuciones. — Nuestro párroco se prohíbe los dulces.
 — Mi estómago me los tiene prohibidos—contestó el Padre Cartier— pero no les impongo la misma abstinencia á mis feligreses... Pedro — añadió, con sonrisa maliciosa — sírvale al señor Recaudador.

30927

41
 UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO" 1926
 Apto. 1626 MONTERREY, MEXICO